

XXVII Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 5, 1-7; Filipenses 4, 6-9; Mateo 21, 33-43

«Os quitará a vosotros el reino de Dios y se lo dará a un pueblo que produzca sus frutos»

2 Octubre 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«La paz de Dios custodiará vuestros corazones y pensamientos en Cristo»

Todos tenemos necesidad de vincularnos, de amar y ser amados. Sin embargo, no siempre es tan fácil, porque nos dan miedo los vínculos. Construimos la vida sobre la necesidad, sobre nuestros deseos y no queremos que nadie eche a perder nuestros planes. Soñamos con estar acompañados para evitar así la soledad incómoda, pero siempre y cuando nos dejen vivir la vida tranquilamente. No queremos que nos saquen de la comodidad, de nuestros ritmos y sueños. Las redes sociales son una gran ayuda. Nos ofrecen un tipo de vínculos que no exigen demasiado y hace que nos sintamos acompañados. Nos conectamos cuando nos hace falta y permanecemos desconectados cuando no nos resulta tan cómodo. ¡Cuántos jóvenes de hoy viven continuamente conectados a muchas personas en la distancia, pero dejan de conectarse con los que tienen más cerca! Pero en el fondo hay un miedo profundo en el alma a perder la libertad. Los vínculos dan miedo, porque tememos que el compromiso nos encadene y no nos deje vivir la vida en plenitud. O porque luego nos tristece pensar en que podemos perderlos. Nos da miedo asumir obligaciones que nos parecen imposibles y dudamos de nuestras fuerzas para ser fieles hasta el final; no nos sentimos capacitados para hacer felices a los demás y dudamos. La responsabilidad por las personas nos pesa y nos faltan las fuerzas. Queremos vincularnos y, al mismo tiempo, nos asusta vincularnos, porque nos da miedo profundizar. La fidelidad a los vínculos que surgen con la vida nos impone mucho. Pero lo cierto es que estamos llamados a vivir en comunión, a amar y a entregar la vida. Es lo único que merece la pena. Cuando nos vayamos, y dejemos esta tierra, no podremos llevarnos nada con nosotros. **Tan sólo nos llevaremos nuestro corazón marcado por el amor entregado y el amor recibido.**

Todavía resuena en el corazón la invitación de Benedicto XVI en la Jornada Mundial de la Juventud: «*No paséis de largo ante el sufrimiento humano, donde Dios os espera para que entreguéis lo mejor de vosotros mismos: vuestra capacidad de amar y de compadecer*». Dios quiere nuestro amor. Quiere que sepamos amar a los que nos rodean, especialmente a los que más sufren. Quiere que nuestra vida sea consuelo y esperanza para muchos. Tal vez a ese fruto se refiere Jesús en la parábola de hoy. El fruto que no logramos entregar y se acaba perdiendo. Las palabras de la Segunda lectura expresan cómo debería ser nuestro corazón. Un corazón capaz de amar y capaz de alegrarse con la vida, un corazón agradecido y lleno de paz: «*Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y súplica con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús*». Un corazón capaz de entregar lo que no tiene y dar un fruto que no le pertenece, el fruto de la paz y del consuelo, el fruto de la alegría y de la misericordia, el fruto de la esperanza en medio de la tribulación y la pena. Nuestro corazón muchas veces no posee lo que es capaz de entregar y no puede adueñarse de lo que no le pertenece. Por eso es necesario que entreguemos nuestra capacidad de amar. Si no amamos, si no nos dejamos la vida, si no permitimos que nos roben nuestro tiempo, nuestros planes, nuestra energía, no

estaremos siendo fieles a lo que Dios espera. Nos estaremos guardando un fruto que no es nuestro. **Hoy el Señor nos invita a dar fruto en tantos corazones que buscan paz.**

El Evangelio y las lecturas nos vuelven a hablar este domingo de la viña. La Viña era el pueblo de Israel, la viña es la Iglesia de Cristo, la viña es nuestra vida, con sus alegrías y dolores. Hace dos domingos eran los jornaleros que iban a trabajar a la viña en horarios diferentes y cobraban lo mismo. El domingo pasado eran los dos hijos del padre los que eran enviados a la viña. Este domingo nos encontramos ante la viña que no da el fruto esperado. Isaías lo refleja de esta forma: «*Voy a cantar en nombre de mi amigo un canto de amor a su viña. Mi amigo tenía una viña en fértil collado. La entrecavó, la descantó, y plantó buenas cepas; construyó en medio una atalaya y cavó un lagar. Y esperó que diese uvas, pero dio agrazones*». La viña no da el fruto esperado a pesar de que todo ha sido cuidado con esmero. Miramos nuestra vida y vemos que hemos sido cuidados por Dios tanto como el amo cuida a su viña. El salmo detalla el cariño del dueño de la viña: «*Sacaste una vid de Egipto, expulsaste a los gentiles, y la trasplantaste. Extendió sus sarmientos hasta el mar, y sus brotes hasta el Gran Río*». La viña es cuidada con amor y no produce el fruto esperado. Muchas veces pensamos en nuestra propia vida. ¿Producimos el fruto esperado? Vemos el amor que hemos recibido, los medios que Dios ha puesto a nuestro alcance para nuestro crecimiento, y no somos capaces de dar el fruto esperado. Tal vez no sabemos ni siquiera cuál es el fruto que Dios espera. Nos guardamos los talentos por miedo a perderlos o a ser rechazados, enterramos la gracia recibida y nos quedamos sin entregar gratis lo que hemos recibido de Dios. Somos cuidados y no damos el fruto que esperan de nosotros. **¿No es cierto que muchas veces tenemos la sensación de no dar todo el fruto que podría salir de nuestra vida? ¿No es verdad que con frecuencia nos guardamos algo?**

En el Evangelio Jesús habla de una viña que sí produce fruto, pero en ella los encargados de entregarlo no lo hacen: «*En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: -Escuchad otra parábola: Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió a sus criados a los labradores, para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon*». Los que trabajan en la viña no sólo se niegan a entregar lo que no es suyo, más aún, apalean a los criados y uno muere. El fruto es un don de Dios en nuestra vida. Pero en ocasiones nos apropiamos de él como mérito propio y nos lo guardamos. Pensamos que la vida se despierta gracias a nuestros talentos, a nuestra fuerza personal, a nuestro carisma. Creemos que todo ocurre como consecuencia de nuestro esfuerzo y que Dios debe estar feliz de poder contar con nuestra grandeza. Nos apropiamos indebidamente de lo que es un don en nuestra vida. **Olvidamos la gratuidad y dejamos de ver a Dios actuando en nosotros.**

Ante esta viña en la que el fruto no llega a ser entregado, ¿cómo reacciona el dueño? Isaías da una respuesta: «*Pues ahora, habitantes de Jerusalén, hombres de Judá, por favor, sed jueces entre mí y mi viña. ¿Qué más cabía hacer por mi viña que yo no lo haya hecho? ¿Por qué, esperando que diera uvas, dio agrazones? Pues ahora os diré a vosotros lo que voy a hacer con mi viña: quitar su valla para que sirva de pasto, derruir su tapia para que la pisoteen. La dejaré arrasada: no la podarán ni la escardarán, crecerán zarzas y cardos; prohibiré a las nubes que lluevan sobre ella. La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel; son los hombres de Judá su plantel preferido. Esperó de ellos derecho, y ahí tenéis: asesinatos; esperó justicia, y ahí tenéis: lamentos*» Isaías 5, 1-7. El salmo relata lo que ha ocurrido: «*¿Por qué has derribado su cerca para que la saqueen los viandantes, la pisoteen los jabalíes y se la coman las alimañas?*». Y Jesús cuenta lo que va a hacer el dueño de la viña con su viña: «*Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores? Le contestaron:-Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores, que le entreguen los frutos a sus tiempos.* Y Jesús

les dice: -¿No habéis leído nunca en la Escritura: -La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular, es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente? Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de Dios y se lo dará a un pueblo que produzca sus frutos».

Mateo 21, 33-43. Nos da algo de miedo estas posibles reacciones de Dios. El abandono de la viña, la posibilidad de perder la viña para siempre. Quisiéramos permanecer como dueños de nuestra viña, sin que nadie nos pidiera cuentas. Nos da miedo que nos quiten lo que tenemos, que nos priven de nuestra viña, de nuestra vida con todos sus dones y privilegios. Simplemente es como si Dios se cansara de esperar y buscara otros corazones dispuestos a acoger con alegría todo su amor. No queremos que Dios nos olvide. Por eso queremos tomarnos en serio nuestra vida y ponernos manos a la obra. **Queremos que Dios nos haga dóciles a su voluntad para poder ser fecundos en su viña.**

Pero con frecuencia nos cuesta entender a Dios y nos rebelamos contra esas señales que nos quieren mostrar el camino. Sobre todo cuando esas voces implican la necesidad de un cambio de vida: «*Envío de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último les mandó a su hijo, diciéndose: -Tendrán respeto a mi hijo. Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: -Éste es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia. Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron.*». El hombre no se conforma con trabajar en la viña, quiere decidir y controlarlo todo. Pero Dios respeta al máximo su libertad. Somos libres para aceptar a Dios en nuestra viña, en la viña que en realidad nos ha sido dada y no nos pertenece. Decía el P. Kentenich: «*La libertad del hombre es siempre lo primero. Dios obra a través de causas segundas libres. Hay algo sabio en el hecho de poner en movimiento la libertad del hombre a fin de que él diga sí, en libertad, a los deseos y a la voluntad de Dios. ¿A qué se arriesga Dios al hacerlo? ¡A que se den millones de abusos de libertad!*»¹. Dios quiere que seamos libres para optar por vivir con Él y para Él. Respeta nuestra libertad aun sabiendo que podemos abusar de ella. Pero necesita instrumentos dóciles para dar a conocer su voluntad. Sin embargo, muchas veces vivimos de espaldas a Dios y no queremos dejarle entrar en nuestra vida. **Echamos y matamos en nuestra vida a todos los que nos hablan de la necesidad de hacer cambios.**

El hombre mata a Dios alejándolo de su presencia. La parábola muestra esa muerte de Dios que es la muerte de Cristo en nuestras manos. Pero a Dios lo seguimos matando cada día cuando no dejamos que gobierne en nuestro corazón. En realidad es como si no quisiéramos oír hablar del dueño de nuestra vida. Queremos ser dioses. Y para poder ser dioses tenemos que callar la voz de Dios. Negamos su existencia y borramos sus huellas. Así sentimos que tenemos más poder. Nos sentimos dueños de nuestra vida, hemos eliminado al dueño de la viña. Decía el Papa en su paso estos días por Alemania: «*Donde está Dios allí hay futuro. Las figuras de los santos demuestran la gran fecundidad de una vida marcada por el amor radical a Dios y al prójimo. Los santos, aunque sean pocos, cambian el mundo*». Podemos elegir un mundo con o sin Dios. Cuando queremos ser nosotros dioses, prescindiendo del dueño de nuestra vida, nos hacemos dueños de la vida y de la muerte y acabamos decidiendo de acuerdo a nuestra voluntad. Perdemos la fecundidad que es un don de Dios y renunciamos a ser santos. La esperanza sólo puede reinar en aquellos corazones en los que Dios reina siempre, incluso cuando la vida no sonríe. La docilidad al plan de Dios nos da la paz. Por el contrario, **¡qué difícil mantener la esperanza sin contar con Dios cuando los planes no resultan y no entendemos la vida!**

Nos cuesta querer y aceptar los planes de Dios cuando no coinciden con los nuestros.

Decía una persona en su oración: «*Creía que era capaz de una vida en la que ya no me importara otra cosa que tu voluntad y de nuevo descubro que mis sentimientos y mi inclinación no me acompañan. Yo sé lo quequieres, que no haga planes, ni personales, ni espirituales, que no*

¹ J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombre”, Herbert King, 138

tome ninguna rienda de mi vida, que me alegre solamente con ser importante para ti; que sea capaz de emocionarme en el día a día, con lo que tú quieras, no con mi querer; que me abandone y me entregue a tu modo». Le decimos todo esto a Dios muchas veces, le aseguramos que confiamos en sus planes, que Él manda, pero luego, cuando Dios se toma en serio nuestro ofrecimiento, echamos marcha atrás y sujetamos nuestra vida con todas nuestras fuerzas para que siga nuestros deseos. Cuando llega el momento de abrazar la cruz, el corazón se rebela, porque tiene miedo. No entendemos la lógica de Dios y no aceptamos que nos quiten la vida de un día para otro, esa vida que consideramos casi como un derecho. Porque es verdad que hay preguntas difíciles de responder: *¿Cómo se puede comprender la enfermedad? ¿Qué explicación hay para tantas injusticias? ¿Cómo es posible aceptar la muerte repentina de un joven que estaba comenzando su camino?*

El corazón no puede asimilar todo aquello que no habla de vida, de amor y de eternidad. Se rebela, llora y se aleja, porque no comprende. No está preparado para perder a las personas a las que quiere. No es capaz él solo de darle el sí a la cruz que queda velada como un misterio. Porque, como decía Juan Pablo II: «*El sufrimiento de los inocentes es el mayor misterio de Dios, no es posible entenderlo, sólo puede ser aceptado*»². Sólo es posible aceptarlo si recibimos un don de Dios, una gracia que tenemos que implorar cada día. Pero siempre tenemos la misma tentación: «*¿No deseas ser feliz en todos los aspectos de tu vida? ¿No tener que aceptar nada que no te agrade? ¿Quieres o no quieres controlar tu vida?*»³. Quisiéramos controlar el presente y el futuro, sin tener que aceptar los contratiempos. ¿Cómo darle el sí a todo aquello que no queremos? Nos da mucha luz el testimonio de Soledad Pérez de Ayala, una madre de familia que murió de cáncer hace unos meses y escribió, cuando aceptó que de nuevo el cáncer atacaba con fuerza: «*En la enfermedad siento que el Maestro está conmigo, viviendo los momentos difíciles, y yo con Él participando así de su Cruz. Por eso, la enfermedad es dulce, pues le tengo a Él, le he descubierto a Él en mí. Y yo empiezo a vivir aquí en la tierra, sin mérito mío, las dulzuras de estar con Él en el cielo*». En la cruz nuestro corazón está llamado a fundirse con el del Señor, a descansar en Él que sufre con nosotros. Su amor nos abraza en el dolor y nos regala una nueva esperanza. Una esperanza casi intangible, como un don. Una persona me comentaba: «*La cruz en sí tampoco es importante, solo el "corazón fundido en el corazón"; que si la cruz no te sirve para eso, pues ya puedes tirarla. Que lo importante en la cruz es sentirse abrazado a Jesús, sintiendo su herida en tu herida, y estar contento porque estás allí solo con Jesús y con María; a veces esa reflexión me basta y estoy alegre*». A veces esta reflexión debería bastarnos. Pero no es tan fácil sentir la herida de Cristo en nuestra herida. No es fácil abrazar la cruz con la paz de Dios. Aunque sabemos que sólo en Él podremos descansar. **Y sólo en Él la tristeza que nos pesa desaparecerá sin darnos cuenta. Con el tiempo. En el silencio.**

Ante esos planes incomprensibles de Dios nos volvemos pidiéndole que se acuerde de nosotros y nos conceda la paz que no tenemos. Queremos pedirle que cambie sus planes, aunque a veces nos asalta la duda en forma de tentación y pensamos que de nada sirve pedir milagros. En la película «Cartas a Dios», el hermano del protagonista, un niño enfermo de cáncer, se rebela contra Dios: «*No le puedo pedirle que ayude a Taylor. ¿Qué pasa si no lo hace?*» Es el mismo miedo que tenemos ante la enfermedad. No queremos pedir el milagro, aunque lo deseamos. Porque tememos que Dios no nos haga caso y nuestra oración caiga en el vacío. Pensamos que los planes de Dios son los que son y nosotros no podemos cambiar nada. Los planes de Dios son esos planes que muchas veces no coinciden con los nuestros. Pero no por eso dejamos de rezar y pedir los milagros. Pedimos, como en el salmo, que Dios tenga misericordia y nos conceda lo que suplicamos con un corazón de niño: «*Dios de los ejércitos, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate,*

² Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 145

³ Albert Espinosa, “Si tú me dices ven lo dejo todo...pero dime ven”, 197

ven a visitar tu viña, la cepa que tu diestra plantó, y que tú hiciste vigorosa. No nos alejaremos de ti: danos vida, para que invoquemos tu nombre. Señor, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve». Sal 79, 9 y 12. 13-14. 15-16. 19-20. Ante el miedo que nos da el futuro y las pérdidas, las cruces reales y las posibles, el hombre busca el favor de Dios y su misericordia.

Dios sabe que somos débiles y quiere que nos alegremos ante todo lo bueno que hay en el mundo. Pero a veces huimos de aquellas cosas que no conocemos, o no leemos los libros de autores que no concuerdan con nuestras ideas. Nos asusta contaminarnos con otros pensamientos y no descubrimos lo bueno y bello que hay en otros caminos. Es necesario que aprendamos a descubrir la belleza del mundo que Dios nos ha regalado. Dice la Segunda lectura: «*Finalmente, hermanos, todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta. Y lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis, visteis en mí, ponedlo por obra. Y el Dios de la paz estará con vosotros**Filipenses 4, 6-9.* Él quiere que vivamos felices en este mundo que nos regala, no huyendo de la vida, no con miedo a lo que nos rodea, no aislándonos del hombre al que estamos llamados a sanar en la fuerza de Dios. Nosotros somos esos criados a los que manda el Padre a buscar los frutos. Aunque sabemos que nuestra petición puede no ser oída y podemos ser apaleados, insultados o expulsados por el odio del mundo que no soporta la claridad de una vida en Dios. Somos esos instrumentos libres llamados a ser la voz de Dios en medio del mundo. Decía el Santo Cura de Ars: « *¡En este mundo hay que trabajar, hay que combatir! ¡Mucho tiempo habrá para descansar toda la eternidad!*»⁴. Pero muchas veces nos alejamos y evitamos a las personas que Dios pone ante nosotros para que las guiemos hasta Él. Porque nos da miedo. Tenemos miedo al rechazo y al desprecio. No queremos que nos encasillen. Por comodidad o por dejadez nos cansamos de luchar y de amar y nos escondemos en nuestra fe acomodada. Señalaba Benedicto XVI hace poco en Alemania el peligro que corre la Iglesia: «*Una Iglesia satisfecha consigo misma, que se acomoda a este mundo, se hace autosuficiente y se adapta a los criterios del mundo*». **No queremos ser cristianos acomodados. Queremos salir al encuentro del mundo.**

El hombre de hoy es consciente de su inmanencia y se encuentra demasiado apegado a su vida en la tierra. Sin embargo, al mismo tiempo, anhela trascenderse. Por eso necesita escuchar un mensaje de eternidad hecho vida. Es un hombre que no se conforma con pasar por la vida sin dejar huella. Cree en el poder de la energía. Cree en el destino y a veces se cree todo lo que las cartas le dicen. Como me decía una persona el otro día: «*Creemos con fe las desgracias que nos pueden ocurrir si alguien lee nuestro futuro, pero luego pedimos una segunda opinión cuando el médico nos da su diagnóstico*». El hombre de hoy cree en las fuentes de energía, en los lugares cargados de positividad, en las personas con aurea positiva. Sin embargo, no logra poner un rostro de persona a la energía en la que cree. Hace falta tener una fe muy audaz y una confianza casi ciega para creer en un Dios con rostro, en una Iglesia formada por personas pecadoras, en una fe levantada sobre débiles hombros. Vivir la religión como personas adultas no es tan sencillo, porque en seguida queremos que nos den respuestas lógicas y concretas, que nos expliquen el sentido de la vida y nos digan lo qué tenemos que hacer, porque no queremos equivocarnos y obedecer es más fácil. Deseamos que nos den seguridad para la vida que está llena de incertidumbres, porque nos asusta vivir sin rocas firmes sobre las que apoyarnos. El otro día me decía una persona: «*Me gustaba más la religión de los niños que la de los adultos. En la de los niños simplemente obedecías, sin preguntas, sin tener que buscar. Cuando uno se hace adulto es necesario buscar a Dios, descubrir lo que nos pide y decidir*». Nos gusta una fe de niños porque así no tenemos que decidir nosotros y tampoco asumir los riesgos que cualquier decisión implica. **Porque así no nos hará falta madurar, ni arriesgar, ni asumir la posibilidad de equivocarnos o fracasar en la vida.**

⁴ José Pedro Manglano Castellary, “Orar con el cura de Ars”, 88